



# LA REVOLUCIÓN DIGITAL CUBANA



Ted A. Henken & Sara Garcia Santamaria  
(eds.)

# LA REVOLUCIÓN DIGITAL CUBANA

Innovación ciudadana y política estatal



De la presente edición, 2022:

- © Ted A. Henken
- © Sara Garcia Santamaria
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[www.hypermediamagazine.com](http://www.hypermediamagazine.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición: Ladislao Aguado y Royma Cañas  
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler  
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-96-6

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dado el hecho de que muchos capítulos de este volumen se basan en investigaciones etnográficas originales y profundas entrevistas con los *millennials* digitales de Cuba (periodistas, blogueros, *youtubers*, ciberactivistas, programadores, informáticos, profesionales de la tecnología, funcionarios gubernamentales, operadores turísticos, emprendedores, DJ, artistas, músicos, paqueteros y «SNet-izens»), queremos reconocer su cooperación, apertura y confianza en este proyecto, y agradecerles su participación. Si bien la mayoría ha preferido permanecer en el anonimato, este libro hubiera sido imposible sin su aporte y muchas voces y experiencias diversas. Esperamos haber reflejado su elocuencia, talento y pasión con precisión en estas páginas.

También nos gustaría agradecer específicamente a los artistas cubanos Omar Santana y Lázaro Saavedra por permitirnos usar su poderoso arte en estas páginas. Además, el empresario cubano, *twitter maven* y *podcaster* Camilo Condis, la periodista y bloguera Yoani Sánchez, y el escritor Orlando Luis Pardo Lazo nos otorgaron permiso para reimprimir imágenes que ya habían publicado en Internet. Asimismo, reconocemos los valiosos comentarios y los sabios consejos que recibimos en varias etapas de este proyecto de parte de los eruditos Ellery Biddle, Bert Hoffmann y Cristina Venegas.

Por último, queremos dar nuestros agradecimientos al intrépido equipo de la University of Florida Press —que publicó la versión original de este libro en inglés en el verano de 2021— y de la Editorial Hypermedia —que está publicando esta versión actualizada del libro en español—. Para nosotros es sumamente importante estar en diálogo con los lectores, innovadores e internautas cubanos, por lo que tener una versión en español nos complace enormemente. Por eso, queremos reconocer el trabajo de traducción de varios colegas y la labor de edición de Ladislao Aguado, director de la Editorial Hypermedia.



# INTRODUCCIÓN

(Ted A. Henken)



## IN MEDIAS RES: ¿QUIÉN CONTROLARÁ LA REVOLUCIÓN DIGITAL CUBANA?

*Fidel fue el primero en percatarse del valor que tendría Internet para democratizar realmente la comunicación. Él decía que parecía creada para los revolucionarios, por la capacidad de difundir mensajes a un costo insignificante y con alcance infinito (énfasis añadido, Juventud Rebelde, 2019).*

*[La memoria USB] es mucho más que un dispositivo tecnológico. Este pequeño objeto que cabe en un bolsillo, esto es la libertad. Para muchos cubanos esta es la diferencia entre estar informados o desinformados, entre el silencio o la palabra, entre la censura o hacer periodismo (Higuera, 2016, énfasis añadido).*

El modelo socialista de Estado que se instituyó oficialmente en Cuba en 1961, dos años después del triunfo revolucionario, concedió al PCC un monopolio sobre las políticas del Partido y los medios de comunicación. Para su fundación formal, en 1965, todos los medios informativos preexistentes ya habían sido nacionalizados o cerrados. A continuación, el gobierno cubano utilizó su hegemonía mediática para influir en los ciudadanos con su visión de una sociedad «revolucionaria». Esta labor transformó todos los canales mediáticos en difusores de propaganda estatal, comenzando con el *Granma*, el periódico nacional de Cuba, cuyo encabezado lo declara inequívocamente como el «órgano oficial del Comité Central del PCC». Sin embargo, a partir del derrumbe de la Unión Soviética en 1991 y la subsiguiente proliferación global de las nuevas TIC en los treinta años sucesivos, la hegemonía mediática del gobierno cubano se ha debilitado poco a poco y los ciudadanos cubanos —trabajando de manera independiente del Gobierno, aunque no siempre en oposición a él— se

han convertido cada vez más en participantes activos de la revolución digital mundial, reconfigurando en el proceso el ámbito de los medios de comunicación cubanos.

Esta segunda revolución tecnológica, comunicacional e informacional —fenómeno que nosotros denominamos «la revolución digital cubana»— se ha desencadenado desde dentro —*in medias res*— de la Revolución y ha conducido a una lucha dinámica e impredecible sobre el significado, el impacto, el alcance y la dirección de ambas. De hecho, las citas anteriores declaran en términos nada ambiguos que la revolución digital global ha democratizado la comunicación y expandido la libertad en Cuba en años recientes. Evidentemente, el presidente cubano Miguel Díaz-Canel y la «pionera» del periodismo digital independiente cubano Yoani Sánchez no estarían de acuerdo en casi nada más respecto al sentido de este cambio o de los usos que debería dársele a estas nuevas tecnologías de comunicación.

¿Quién controlará la revolución digital cubana? ¿Quién se beneficiará con ella? ¿Con qué fines se aplicará? ¿Quién se quedará atrás? ¿La tecnología digital logrará «reconstruir» o tal vez «remezclar» la Revolución cubana según la voluntad del Gobierno con la política de «informatización» de la sociedad? ¿O suceden acaso muchos acontecimientos de diversas índoles en Cuba que contribuyen a algo más parecido a «deshacer» o «derrocar» la Revolución? Este volumen se propone responder a estas y otras interrogantes con el concurso de un grupo diverso de expertos globales<sup>1</sup> cuya erudición, original y audaz, analiza de manera crítica las diversas formas, a veces contradictorias, en que los cubanos emplean estas nuevas tecnologías mediáticas para la transformación de la sociedad cubana desde dentro.<sup>2</sup> A pesar de que los autores del libro se acercan a este fenómeno a partir de una amplia variedad de perspectivas disciplinarias, la principal aseveración común es que la tecnología está reconfigurando de forma radical la evolución del proyecto político, económico y cultural que es la Revolución cubana en una miríada de maneras inéditas.

---

<sup>1</sup> Los 16 colaboradores de los 14 capítulos de esta recopilación incluyen a siete cubanos(as) o cubano-americanos(as) que viven entre Brasil, México, Estados Unidos, Canadá y la propia Cuba, dos estadounidenses, dos británicas, una mexicana, una noruega, una española, una rusa y una francesa.

<sup>2</sup> Estamos en deuda con los trabajos novedosos que analizaron la transformación digital en Cuba realizados por Kalathil y Boas (2003), Bert Hoffmann (2004), Cristina Venegas (2010), Emily Parker (2014) y Oller Alonso y Olivera Pérez (2016).

ACCESO A INTERNET EN CUBA:  
POLÍTICAS DEL ESTADO E «INVENTOS» CIUDADANOS

El Internet cubano se ha caracterizado por la censura gubernamental, la autocensura personal, los altos costos, las bajas velocidades y el acceso limitado. Sin embargo, desde 2013, la Isla ha presenciado transformaciones en el acceso a las redes públicas de pago ofrecidas por el Gobierno verticalmente y en los «inventos» o alternativas siempre creativas que los propios cubanos han desarrollado desde la base para producir, distribuir y acceder al contenido digital de manera independiente. Estos acontecimientos comenzaron con la difusión de una «blogosfera cubana» diversa y muchas veces contenciosa que se inició en 2005, y continuaron con el crecimiento subsecuente de varios proyectos colectivos de «periodismo ciudadano» a partir de 2008 (Henken, 2011b; Henken y Van de Voort, 2015). Estos primeros experimentos de «indymedia» a la cubana llegaron a su punto culminante a partir de 2014 con la aparición de una variedad cada vez más amplia de proyectos de periodismo digital independiente, que en su totalidad se ha movido conscientemente «más allá del blog» para abrazar el desafío de informar al público cubano de una manera más sistemática, coordinada y profesional; y responde a la demanda de un reportaje objetivo y creíble no cubierto por la prensa estatal



«Propiedad privada», humor gráfico político. © Omar Santana (El Nuevo Herald, 2018).

propagandística (Díaz, 2018; Henken, 2017). Esta evolución ha obligado a los periodistas que trabajan en los medios de comunicación oficiales a re-examinar el estilo y el enfoque de sus reportajes, así como su deber, hasta ese entonces férreo, de acatar los mandatos del ojo censor del Partido.

En tanto muchos capítulos de este libro analizan de manera crítica diferentes aspectos del periodismo digital independiente emergente en Cuba, otros examinan cómo la propia prensa estatal —después de haber sido en un principio tomada por sorpresa por estos adversarios digitales— se ha visto forzada a reaccionar con el establecimiento de una presencia propia cada vez más hábil en la web y en las redes sociales. Ello ha sido parte de un incremento de las acciones estatales encaminadas a una informatización progresiva de la sociedad cubana; iniciativa que también se analiza en varios capítulos de este volumen. De hecho, después de varios años insinuando que Twitter era un instrumento de la CIA, el gobierno cubano lo acogió a finales de 2018, cuando el propio presidente Miguel Díaz-Canel, con 58 años, se sumó a la revolución del microblog en la patriótica fecha del 10 de octubre y luego instó a todos sus ministros a que siguieran el ejemplo y comenzaran a captar directamente a los nuevos «ciberdanos» de Cuba para finales de año (*The Economist*, 2019; Pentón, 2019).<sup>3</sup>

Este giro digital en Cuba se facilitó con la apertura de los primeros cibercafés de acceso público en el país en junio de 2013, la posibilidad de tener correo electrónico en el teléfono celular por primera vez en 2014 y el establecimiento de 35 puntos de acceso a Wi-Fi a lo largo de la isla en el verano de 2015. La expansión continua del plan gubernamental de puntos de acceso a Wi-Fi, que llegó a 200 locaciones en septiembre de 2016, y el lanzamiento de un programa piloto de Etecsa<sup>4</sup> conocido como «Nauta Hogar», que permitió por primera vez acceso a Internet desde la casa a 2 000 clientes de La Habana Vieja a finales de 2016, junto el establecimiento de acceso a Internet 3G con el celular para clientes de pago por primera vez en diciembre de 2018, ha seguido fomentando el crecimiento y el impacto social de la revolución digital en Cuba.<sup>5</sup>

Aparejado al despliegue vertical de un mayor acceso digital por parte del Gobierno, *millennials* cubanos emprendedores y con conocimientos tecno-

---

<sup>3</sup> De hecho, la cita que inicia esta introducción es la reproducción de un tuit presidencial.

<sup>4</sup> Acrónimo de Empresa de Telecomunicaciones de Cuba, S.A., el monopolio de las comunicaciones del gobierno cubano.

<sup>5</sup> Larry Press brinda información y análisis más detallados sobre la conectividad actual del Internet en Cuba en el capítulo 1.

lógicos han lanzado una amplia variedad de empresas digitales incipientes que en su mayoría existen en un limbo legal de tolerancia volátil. Estas incluyen una serie de aplicaciones nacionales —inicialmente *offline*— dirigidas a conectar al cliente cubano con la creciente cosecha de nuevos negocios privados en la isla (ConoceCuba, AlaMesa, Isladentro, etc.) y varios sitios de anuncios al estilo de Craigslist —donde los cubanos pueden comprar y vender de todo, desde el último modelo de teléfono inteligente hasta sus propias casas (Revolico, Cubisima, etc.). Tienen hasta Cubazon, un clon cubano de Amazon que permite a clientes comprar productos producidos por el sector privado cubano y enviarlos a personas dentro de la Isla; así como una aplicación de tipo Uber llamada ¡Subel!; Knales, una aplicación que envía noticias e información a usuarios cubanos mediante SMS; y Kewelta, una red publicitaria para artistas nacionales (Vela, 2019; Sosa, 2017; Press, 2017m; Biggs, 2017). La Isla también ha sido testigo del despliegue de múltiples redes de área local independientes o intranet, popularmente conocidas como la red de la calle o SNet —que el Gobierno intentó alternativamente proscribir o absorber en 2019— (Padgett, 2019) y la versión cubana de *sneaker net*, conocida por todos como «el paquete»: una red clandestina de distribución de datos digitales que cubre toda la isla mediante dispositivos de almacenamiento USB y compite con éxito contra la programación, muchas veces rancia, del número limitado de canales oficiales de televisión. Varios capítulos del libro también investigan las tendencias de este submundo emergente del emprendimiento digital.<sup>6</sup>

#### ESFERA PÚBLICA EN LA RED

Por supuesto, el creciente acceso a Internet en Cuba tiene implicaciones que van más allá del ámbito de los negocios, el emprendimiento y la economía. El inusitado incremento del acceso a formas alternativas de información desde fuera de la Isla, combinado con la creciente capacidad de los ciudadanos cubanos para comunicarse horizontalmente entre ellos, producir y compartir sus propios reportajes, experiencias y puntos de vista con independencia del Gobierno tiene enormes —aunque todavía indefinidas y a veces contradictorias— implicaciones para la vida política, la sociedad civil y una serie de

---

<sup>6</sup> Aunque todos los autores de este volumen analizan Cuba como un todo —con la inclusión de su diáspora, vasta y diversa—, gran parte del trabajo de campo etnográfico sobre el que se basan los capítulos se centra en La Habana.



*Foto de un televisor Panasonic y una memoria USB de 64 GB conectada a una caja digital con los últimos archivos del «paquete». © Ted Henken, La Habana, 2016.*

esferas públicas cubanas. De hecho, la confluencia de desarrollo económico propiciada por la revolución digital (Machado, 2017) y el reto fundamental que representa para las sociedades cerradas y los gobiernos autoritarios se ha dado a conocer como «el dilema del dictador». Larry Press lo definió a mediados de la década de 1990 como «el deseo de tener los beneficios de Internet sin la amenaza de la inestabilidad política». Se imaginaba a los dictadores preguntándose: «¿cómo se le da acceso a la gente a información sobre la salud, la educación y el comercio mientras que se les mantiene alejados de la información política [alternativa y crítica]?» (2011b).

Así, desde diciembre de 2018, cuando finalmente los cubanos tuvieron la conveniencia del acceso a Internet móvil 3G «a cualquier hora y en cualquier lugar» —a un costo todavía fuera del alcance de la mayoría—, la Isla ha presenciado una ráfaga incesante de movilizaciones sociopolíticas propiciadas por la tecnología, facilitadas por el incipiente acceso de los ciudadanos a una amplia gama de plataformas de redes sociales que incluyen Telegram, Twitter, Signal, YouTube, Facebook, Messenger, WhatsApp y Qbolá. Aunque todavía dista mucho de una «primavera cubana», esta serie de denuncias públicas con *hashtags* contra las políticas gubernamentales

indican que el incremento del acceso a la web, justificado por el Gobierno como parte de la informatización urgente de la sociedad cubana, es también una caja de Pandora llena de malestares políticos. Ha desencadenado reclamos acumulados de los ciberdanos y revocado dos de los pilares fundamentales del control gubernamental de la información en la Isla: el miedo a las consecuencias de hablar fuera de lugar<sup>7</sup> y el aislamiento de otros que albergan quejas similares (Tufekci, 2017; Parker, 2014).

Con anterioridad al impacto sin precedentes provocado por los Movimientos San Isidro (MSI) y 27 de Noviembre (27N) a finales de 2020 y por el videoclip viral *Patria y Vida* a principios de 2021 y las protestas masivas facilitadas por las redes sociales el 11 de julio de ese mismo año, las ciberdenuncias con mayor inventiva, impacto y dinamismo que aparecieron desde la llegada de Internet móvil 3G a Cuba en diciembre de 2018 fueron: (1) un esfuerzo de ayuda ciudadana organizada a través de los medios sociales para brindar asistencia y asilo a las personas desplazadas por un tornado que arrasó La Habana a principios de 2019; (2) la campaña digital que instaba a los cubanos a votar en contra (#YoVotoNo) o a abstenerse de votar (#YoNoVoto) por la nueva Constitución cubana el 24 de febrero; (3) una marcha para prevenir la crueldad hacia los animales organizada de forma independiente y convocada principalmente a través de las redes sociales; (4) otra marcha independiente por los derechos LGBT que se organizó de modo espontáneo en la primavera de 2019 a través de las redes sociales, después de que el desfile oficial por el «orgullo» fuese cancelado; (5) un reclamo *online* exigiendo que Etecsa bajara los altos precios del Internet (#BajenLosPreciosDeInternet); y (6) una congregación frente al Ministerio de Comunicaciones junto con una expresión de solidaridad digital (#YoSoySNET) hacia los ciberdanos fundadores de la SNet —un enorme mosaico no autorizado de redes locales conocida como *street-net* o la «red de la calle»—, después de que estas comunidades *online* independientes fueran proscritas y desmanteladas en agosto de 2019 (Ávila, 2019; Faiola, 2019; Grogg, 2019; Jiménez, 2019; Zaldívar, 2019).<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> No es que el miedo haya sido vencido. De hecho, aún parece dominar las diferentes esferas públicas de Cuba. Sin embargo, cada vez son más comunes las transgresiones que lo desafían.

<sup>8</sup> Otros memes, movimientos o denuncias colectivas similares que han aparecido en el ciberespacio cubano durante 2019-2020 incluyen selfis tomadas con la bandera cubana en solidaridad con el artista cubano Luis Manuel Otero Alcántara, quien fue castigado por usar la bandera en una de sus piezas (#LaBanderaEsDeTodos); una parodia cubana del desafío del cubo de hielo denominado #LaColaChallenge por sus creadores Norges Rodríguez y Taylor Torres, que pretendía ridiculizar las largas filas de los cubanos para casi todos los productos o servicios emitidos por el Gobierno (Faiola, 2019); la denuncia mediante un *hashtag* de la

## *Del Movimiento San Isidro a 27N*

No obstante, esta amplia variedad de protestas desde lo digital fue solo un prólogo de lo que Cuba presenciara con una nueva intensidad y sucesión entre noviembre de 2020 y noviembre de 2021, constituyendo lo que hasta la fecha es quizás el ejemplo más significativo del impacto social y político del acceso generalizado a los medios digitales —lo que la socióloga Zeynep Tufekci denomina la «esfera pública en la red» (*networked public sphere*) (2017).

El Movimiento San Isidro, que alcanzó repentina notoriedad internacional en noviembre de 2020, es un grupo de artistas independientes libremente asociados que surgió a finales de 2018 para exigir la derogación del Decreto-Ley 349: una regulación que facilita al Ministerio de Cultura ejercer control sobre la creciente comunidad artística independiente de la Isla. La figura principal del grupo, Luis Manuel Otero Alcántara —cuya casa en el barrio de San Isidro de La Habana Vieja sirve también como sede del grupo—, ha sido detenido más de una veintena de veces entre 2018 y 2020 como consecuencia de sus performances públicos, muchas veces provocativos y siempre sin autorización; en 2021, fue detenido por realizar dentro de su casa el performance *Garrote vil* y encarcelado desde las protestas del 11 de julio.

A principios de noviembre 2020, el rapero y miembro del grupo, Denis Solís, fue condenado en juicio sumario a ocho meses de privación de libertad bajo la acusación de «desacato», después de haber transmitido en las redes sociales su altercado con un oficial de la policía que entró ilegalmente en su casa. Ello provocó que miembros del MSI, juntos a otros amigos solidarios, declararan una huelga de hambre en la casa de Alcántara para exigir la liberación de Solís. La vivienda fue allanada por agentes de la Seguridad y del Ministerio de Salud el 26 de noviembre con el pretexto de controlar «la propagación de la pandemia». A pesar de la decisión del Gobierno de

---

existencia de apagones continuos luego de que el Gobierno afirmara públicamente haberlos eliminado (#ReportoApagonCuba) (Gallego, 2019); y una protesta digital contra Etecsa por la mala calidad de su servicio de Internet móvil 3G y las repetidas señales caídas (#ApagonEtecsa). Además, el acceso a 3G ha brindado un mínimo de seguridad a la nueva generación de periodistas independientes de Cuba cuyas detenciones han sido denunciadas de manera periódica a través de sitios como Twitter y Facebook, conduciendo a su liberación (Faiola, 2019). Asimismo, han habido diversos memes burlones compartidos muchísimo a través de las redes sociales en respuesta a lo que se ha interpretado de modo amplio como pronunciamientos cínicos o turbios del Gobierno durante 2019, incluida la ahora notoria explicación televisada del presidente Miguel Díaz-Canel de que los continuos problemas económicos y la creciente escasez de combustible no equivalía a un nuevo Período Especial, sino que eran solo problemas «conyunturales» (*ADNCuba*, 2019; Pentón, 2019b).

bloquear el acceso a las redes sociales y las aplicaciones de mensajería intermitentemente en aquel entonces (Facebook, Twitter, WhatsApp, Telegram e Instagram) para no expandir la información sobre las protestas (CPJ, 2020), el logro más significativo del MSI fue el desmoronamiento efectivo de la muralla de miedo y aislamiento erigida por el Gobierno, que antes separaba a estos activistas marginalizados de los artistas ya establecidos.

Tras enterarse, vía Internet, del violento allanamiento del día anterior, el 27 de noviembre más de trescientos artistas e intelectuales, jóvenes en su mayoría, de una amplia variedad de disciplinas, se congregaron frente al Ministerio de Cultura en un acto de solidaridad con el MSI y protagonizaron horas de aplausos avivados por canciones —dando lugar al mote «la revolución de los aplausos»—. Vale subrayar que este grupo se formó por la mañana del 27 con solo 23 manifestantes, pero a medida que se fue regando la voz en las redes sociales y aplicaciones de chat, fueron sumándose otros a lo largo del día y la noche (Rodríguez Martínez, 2021). Los manifestantes exigían una reunión con el ministro de Cultura, Alpidio Alonso, no solo para abordar los reclamos originales del MSI, sino también otros temas fundamentales como la libertad artística y de expresión, el derecho a disentir y exigir el cese del hostigamiento contra la sociedad artística y civil cubana.

Esta congregación masiva forzó temporalmente a funcionarios del Ministerio, como el mismo viceministro de Cultura, Fernando Rojas, a sentarse a la mesa de negociaciones (Grupo 27N, 2020). No obstante, durante las semanas posteriores se incumplieron las promesas de diálogo abierto y salvaguardas de represalias contra los reclamantes. En su lugar, el Gobierno desató una oleada de calumnias en los medios oficiales contra los líderes del Movimiento, tildándolos de «terroristas» y «mercenarios». También hizo que sus temidas fuerzas de seguridad los sometieran a detenciones arbitrarias y a arrestos domiciliarios para evitar una mayor propagación del virus de la disidencia intrépida (*14ymedio*, 2020b). Igual, temiendo la posibilidad de futuras convocatorias de protestas por el uso de medios sociales, Etecsa cortó las comunicaciones a varios periodistas independientes y líderes del movimiento repetidas veces entre el 28 de noviembre y el 31 de diciembre (*Inventario*, 2021a). Quizás lo más escalofriante es que el Gobierno resucitó y desplegó repetidamente los actos de repudio, una de sus demostraciones más notorias y repugnantes de violencia de turbas contra los líderes de la protesta, junto a eslóganes clásicos de los años 80 como «que se vayan» y «yo soy Fidel» (*14ymedio*, 2020c).<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> El proyecto de periodismo de datos, *Inventario*, creó un mapa detalladísimo con todos los cortes de comunicación móvil (78), llamados a convocatorias o protestas (27), actos



*Manifestantes en las afueras del Ministerio de Cultura, La Habana, 27 de noviembre de 2020. © Carlos Alejandro Rodríguez Martínez (Inventario, 2021a).*

## Del 27E a Patria y Vida

Dos meses después, en la mañana del 27 de enero de 2021, un poco más de veinte jóvenes artistas, activistas y periodistas independientes se reunieron de nuevo en las afueras del Ministerio de Cultura para reavivar un diálogo con los oficiales del Ministerio y exigir, pacíficamente, la liberación de varias artistas y periodistas detenidas en horas más tempranas (Leyva, 2021; Grupo 27N, 2021). Su llegada debió haber provocado un efecto *déjà vu* en las autoridades, que querían evitar a toda costa otra concentración como la del 27N, que les dejara bastante mal parados frente al público (Rodríguez Martínez, 2021). El viceministro Rojas salió a la calle y animó a los manifestantes a entrar en el edificio —con el fin de evitar imágenes como las del 27N—, sin garantizar la liberación de los detenidos y con la exigencia de dejar fuera sus teléfonos móviles, a lo cual rehusaron por ser su «única arma» (Leyva, 2021; Gaviña, 2021).

Además, había una falta de comunicación y coordinación entre los oficiales adentro del Ministerio y la Seguridad afuera, dado que ya estaba pactado un encuentro entre el propio Rojas y tres representantes del colectivo: la artista plástica Camila Lobón, la curadora Solveig Font y el dramaturgo Yunior García Aguilera. Pero la reunión no ocurrió pues García no pudo llegar porque el cerco policial alrededor de la institución se lo impidió (*El Toque*, 2021). El día terminó con el arresto masivo de los artistas, activistas y periodistas, y un apagón de datos móviles reportado en todo el país.

Aun así, el acontecimiento más memorable y hasta simbólico del día ocurrió cuando el mismo ministro Alpidio Alonso cruzó la calle junto a otros oficiales y guardaespaldas, y dio un manotazo al teléfono móvil del reportero independiente de *Diario de Cuba*, Mauricio Mendoza, quien estaba filmando, lo cual desató una oleada de violencia contra todos los manifestantes. Como resultado directo de su intento fallido por obstaculizar la filmación del encuentro, las redes se llenaron con fotos y videos de Alonso y su notorio manotazo, convirtiéndose en el performance perfecto para revelar el rechazo del Gobierno a las redes sociales y la transmisión independiente de información al pueblo.

De hecho, en un análisis exhaustivo de datos de actividad en las redes cubanas aquel día, el reportero Carlos Alejandro Rodríguez Martínez (2021)

---

de repudio, represión, citaciones y detenciones policiales (105) y muestras de vigilancia o despliegues de fuerza policial (310) en toda la isla entre el 28 de noviembre y el fin de año (<https://www.google.com/maps/d/viewer?mid=1ouJ32Ngi8YqFuAME7J1dlIqS-k0azwY8x&ll=23.097032452631463%2C-82.35169199262481&z=12>).

muestra cómo Etecsa apagó el Internet en gran parte del país durante dos horas en la tarde del 27 de enero (CPJ, 2021; *14ymedio*, 2021). Pero el propósito del apagón no parece estar solo relacionado con el manotazo de Alonso, sino también con la censura —sin éxito— de la represión en curso aquella tarde. «Nos quitan la Internet mientras reprimen», tuiteó la reportera de *14ymedio*, Luz Escobar, quien, además, estuvo desde la mañana bajo arresto domiciliario (2021a y 2021b). No obstante, noticieros alrededor del mundo reportaron detalles sobre el manotazo del Ministro y la subsiguiente represión. Eso instó al periodista independiente Abraham Jiménez Enoa a hacer una mordaz observación: «Ya es un clásico: a cada protesta en Cuba, el régimen responde con un apagón de Internet en el país. Con Internet se está haciendo la batalla y el régimen le teme. Internet los desnuda» (2021a).

Con un mayor impacto y viralidad aun que el esfuerzo político-cultural representado por el Movimiento San Isidro, febrero de 2021 vio aparecer en las redes un nuevo videoclip con un título muy identificable por todo cubano: *Patria y Vida*; interpretada desde Cuba por los raperos Maykel Osorbo y Eliécer Márquez «el Funky» —miembros del MSI—, el cantante del grupo Orishas radicado en España Yotuel Romero, el dúo de reguetón de Gente de Zona conformado por Alexander Delgado y Randy Malcom, y el cantautor Descemer Bueno, incluye además a Luis Manuel Otero Alcántara en una pose desafiante y patriótica con la bandera cubana. «Ya se acabó —reza el estribillo—. // No más mentiras, // mi pueblo pide libertad, // no más doctrinas. // Ya no gritemos “Patria o Muerte” sino “Patria y Vida”».



Fotograma del videoclip *Patria y Vida*, con Eliécer Márquez («El Funky»), Luis Manuel Otero Alcántara (con la bandera) y Maykel Osorbo (sin camisa).

Su impacto viral sin precedentes —más de dos millones de vistas durante sus primeras dos semanas en YouTube y una acogida masiva en la Isla a través del paquete— se debe a un conjunto de factores muy peculiares para todos los cubanos. Repetido hasta el cansancio, el lema político «Patria o Muerte» se asocia con el difunto líder comunista Fidel Castro, quien terminaba así todos sus discursos, desafiando a los cubanos a hacer sacrificios infinitos por la patria —y la Revolución—; quienes debían responder al unísono: «¡Venceremos!» (Jiménez, 2021b). No obstante, a través de los años este lema patriótico se volvió divisorio y excluyente, separando a los cubanos en dos bandos contrapuestos: buenos y malos, revolucionarios y contrarrevolucionarios, isleños y exiliados. En cambio, con la nueva combinación de palabras, «Patria y Vida», «superamos el discurso oficial que siempre busca dividir [...] Unidos ganamos» (Fusco, 2021; Gaméz, 2021). De acuerdo a su autor principal, Yotuel Romero, la canción reclama la inclusión y celebra el patriotismo compartido a pesar de diferencias ideológicas. Además, con tanta muerte debido a la pandemia y el hambre y la escasez derivadas de una economía moribunda, nadie en Cuba quiere oír hablar de más muerte y sacrificio. «Con el tema del Covid, el temor a la muerte nos ha tocado muy cerca [...] Entonces la palabra está obsoleta. Al tú decir “Patria y Vida”, sumas [...], que puedes tener las dos cosas. La Cuba de la que habla *Patria y Vida* es una Cuba en la que quepamos todos, pensemos como pensemos» (Gámez, 2021).

Por tanto, la llegada de esta canción después de las esperanzas de cambio despertadas por los Movimientos San Isidro y 27N ha sido recibida como un alivio por muchos de los cubanos de la Isla; en especialmente por los habitantes afrodescendientes de barrios humildes como San Isidro. En este sentido, debe subrayarse el hecho de que el video retrata a siete hombres negros o mulatos, de orígenes humildes. Además, resulta poderoso ver una colaboración tan abierta y contundente entre artistas sumamente exitosos del exilio que antes habían evitado tocar temas políticos en su arte —por temor a perder su derecho de entrada y actuación en la Isla— y aquellos otros que el Gobierno ha tratado de descalificar como farsantes o mercenarios sin talento. Quizás por eso, y por la gran popularidad del video en las redes, el Gobierno desató una avalancha de ataques e insultos a sus intérpretes; incluyendo comentarios homofóbicos, racistas y elitistas, al despreciar a estos jóvenes por su origen y llamarlos «delincuentes» e incluso «jineteros» (prostitutos) (DDC, 2021).

En el *Washington Post*, el periodista independiente Abraham Jiménez Enoa enfatiza el poder simbólico de la canción en un contexto político donde el Estado-Partido se ha beneficiado al fomentar la división y polarización entre cubanos por años.

*Patria y Vida dinamita la falsa dicotomía patrioterica con la que han tenido que convivir los cubanos desde 1959, una elección forzosa e ineludible: el socialismo o la muerte. La canción intenta romper con la lógica del castrismo: o estás conmigo o estás contra mí. Y de ese modo, desde la triste y cruda realidad de la isla hoy, dibuja una salida imaginaria a la Cuba del futuro sin las ataduras totalitarias del presente.*

*La canción apunta a una reconciliación nacional, a la construcción de un país donde todos los cubanos puedan, con «un nuevo amanecer» como menciona la canción, formar parte de él sin ser perseguidos por las ideas que profesen.*

[...]

*Desde lo simbólico, Patria y Vida le devuelve a los cubanos su isla y precisa que la patria y la nación no son ni de «la Revolución» ni del «Partido Comunista» ni de quien quiera hacerse con ella. Cuba, como cualquier otra tierra, no tiene dueño. Eso es lo que escuchan los gobernantes cubanos en la canción y es, en definitiva, lo que les da terror y los irrita: un llamado a devolver lo que se han robado y construir un futuro diferente con él (2021b).*

Resulta en extremo chocante y absurdo observar un Gobierno que le gusta llamarse «revolucionario» y caer en ataques tan retrógrados. Solo revelan su debilidad creciente; sobre todo la de captar el apoyo o interés de las nuevas generaciones quienes —como nativos digitales— tienen una relación fácil e inmediata con los dispositivos y las redes. Dándose cuenta de la necesidad de luchar contra la viralidad del video entre el pueblo, el actual gobernante Miguel Díaz-Canel usó su cuenta de Twitter para hacer campaña en contra de la canción.

En medio de una pandemia y una crisis económica aguda, muchos se preguntan por qué el Gobierno ha dedicado tantos recursos y atención a atacar una canción. Parecía existir el temor de que el video —combinado con los movimientos cada vez más valientes, masivos y virales en el ciberespacio y en los espacios públicos de la Isla— pudiera generar protestas



*Captura de pantalla del tuit del presidente cubano Miguel Díaz-Canel.*

antigubernamentales. Incluso, un reportaje del noticiero estatal de televisión señaló este miedo cuando el periodista advirtió al público que «no es la insurgencia ni la confrontación el camino para enfrentar problema alguno» (Gámez, 2021). ¡Y este es el mensaje de un Gobierno que alcanzó el poder a través de una lucha armada!

*Del 11J al 15N: la esfera pública digital, poderosa y débil al mismo tiempo*

En un hito histórico y sin precedentes durante las seis décadas bajo el castro, el 11 de julio de 2021 estallaron protestas antigubernamentales. Mucho más allá de la canción de protesta *Patria y Vida*, las marchas espontáneas a lo largo de la Isla fueron originadas por años de represión política y la falta de libertades fundamentales, combinados con una escasez puntual de alimentos y medicinas más un elevado índice de infecciones y muertes por la Covid-19; todo ello añadido al congelamiento de la industria de turismo internacional durante la pandemia y a las sanciones económicas del embargo estadounidense —endurecidas por la administración de Donald J. Trump—, que agravaron la crisis económica en el país.

En un intento de contrarrestar las protestas y tomar posesión de las calles cubanas de nuevo, el presidente cubano Miguel Díaz-Canel se lanzó a la Televisión Nacional para catalogar a los manifestantes como «mercenarios», «contrarrevolucionarios» y «gusanos», alegando que actuaron a instancias del gobierno de Estados Unidos. Asimismo, declaró que «en Cuba, las calles son de los revolucionarios» y que los manifestantes «tienen que pasar por encima de nuestros cadáveres para conseguir sus propósitos».

Por si este lenguaje incendiario no fuese suficiente, el sucesor puesto a dedo de los hermanos Castro, quien fuera considerado en algún momento como una figura moderna, con visión de futuro por su relativa juventud —61 años, frente a los 90 de Raúl Castro—, hizo saber a los «revolucionarios» cubanos que tenían su respaldo. Incitó de esta forma a la violencia y los alentó a enfrentarse con los manifestantes en las calles: «Estamos dispuestos a todo para detenerlos [...] —dijo, y prosiguió iracundo— Estaremos en las calles combatiendo. [...] Estamos convocando a todos los revolucionarios del país, a todos los comunistas, a que salgan a las calles. La orden de combate está dada. ¡A la calle los revolucionarios!».

Las marchas de aquellos días, las confrontaciones con la policía, los gritos de «Libertad», «Abajo la dictadura» y «Patria y Vida» han sido el foco principal de la cobertura mediática desde entonces. Pero si queremos comprender

mejor lo ocurrido y cómo llegó a pasar, debemos mirar —además de las calles y el espacio público— las redes sociales y el ciberespacio. Es en esta intersección donde yacen las raíces y posibles frutos del levantamiento cubano.

Hablar del potencial «democratizador» o «revolucionario» de Internet pasó de moda en la mayoría de las democracias occidentales, debido a la absorción de grandes franjas de la web por las compañías tecnológicas, acompañado de un modelo de negocios que se basa en la minería de datos personales para el enriquecimiento privado, y sirve como plataforma irresponsable para *fake news*, distracción cívica y desconexión, así como para la polarización política. Sin embargo, en contextos autoritarios como Cuba, donde el Gobierno ha monopolizado por décadas los medios de comunicación y convertido el periodismo en propaganda, un acceso a canales de información y comunicación sin filtros, puede realmente inclinar la balanza de poder en formas pequeñas, pero poderosas.

Nos referimos a los gigantes de las redes sociales como Facebook, YouTube, Twitter e Instagram que, si bien están plagados de pseudociencia antivacunas, videos de mascotas y *selfies*, permiten las «directas» que fueron las verdaderas «culpables» detrás de la viralización de las protestas en Cuba del 11 y 12 de julio, sin necesidad de una organización o autoridad coordinadora central. Igual de importantes son las plataformas de mensajería directa como Messenger, WhatsApp, Signal y Telegram.

El uso innovador que han hecho los cubanos de estas plataformas digitales en los más de tres años desde que ganaron acceso por primera vez a los planes de datos móviles en diciembre de 2018 cargó las comunicaciones horizontales, conectándolas ampliamente al descontento ciudadano y a la emergencia de grupos de la sociedad civil como el Movimiento San Isidro, el 27 de noviembre y Archipiélago. Así, se ha ido erosionando como nunca antes el control gubernamental sobre la información en la Isla, facilitando una pérdida temporal del miedo de disentir públicamente y el descubrimiento masivo de que otros ciudadanos albergan críticas similares.

Lo que presenciamos en Cuba es, en efecto, más complejo y dinámico que cualquier mal llamada «Revolución» (o contrarrevolución) de Facebook y Twitter. Pero el elemento que más la distingue, permitiendo que las demandas y frustraciones ciudadanas largamente acumuladas estallaran en las calles a lo largo de ciudades y pueblos cubanos, es la existencia de un catalizador digital ampliamente disponible: el acceso al Internet móvil que permite la comunicación en cualquier lugar/momento y coordinación directa en tiempo real entre cubanos en la Isla. Es decir, aunque el papel del Internet de conectar a Cuba con el mundo, y en especial con la diáspora, es importante, el he-

cho de permitir una comunicación horizontal entre cubanos dentro del país, como quedó demostrado por la magnitud de las protestas, es fundamental.

Esto explica por qué Etecsa, el monopolio de telecomunicaciones del Gobierno, una vez más desconectó temporalmente el servicio de Internet a las cuatro de la tarde el 11 de julio —como ha hecho en repetidas ocasiones entre 2020 y 2021— para prevenir la propagación del virus del desafiante disenso público entre los 4.2 millones de cubanos (40% de la población) que ahora tienen acceso a las redes a través de teléfonos móviles. Aún así, las protestas de estos días se viralizaron por toda la Isla gracias a los medios sociales.

Periodistas de *Inventario*, un innovador proyecto de periodismo de datos que sigue la pista a la represión del gobierno cubano y a los cortes en el tráfico de Internet, trabajando diligentemente en los días después del 11J con los videos publicados en Facebook y YouTube por los manifestantes desde Cuba, consiguieron producir un mapa interactivo de los alrededores de 100 lugares a lo largo de la Isla donde ocurrieron protestas filmadas.

En julio, inmediatamente después de las protestas, el gobierno cubano publicó el Decreto-Ley 35 y la Resolución 105 del Ministerio de Comunicaciones. Ambas normas facultan a los proveedores de servicios de telefonía e Internet —monopolios estatales en Cuba— a suspender los servicios de usuarios seleccionados y legitimar al gobierno cubano a cortar los servicios de telecomunicaciones para regular el uso del espectro radioeléctrico ante situaciones excepcionales como los desórdenes internos. También establecen un protocolo para detectar y responder a lo que denominan «incidentes de ciberseguridad», como la difusión de noticias falsas o el intercambio de contenidos que «afectan la imagen del Estado cubano o de sus funcionarios».

En la década que ha transcurrido desde la Primavera Árabe, los gobiernos autoritarios desarrollaron un arsenal de respuestas insidiosas para contrarrestar el desarrollo de lo que Zeynep Tufekci acuñara como «esfera pública digital» en su libro *Twitter y Tear Gas: The Power and Fragility of Networked Protest* (2017). Poderosos y frágiles a la vez, dada la ausencia de una estructura o autoridad central, su naturaleza distribuida y su base en vínculos débiles, los movimientos sociales organizados en Internet confrontan regímenes que usan la naturaleza caótica, abierta y «libre» del Internet contra sí mismos.

Además, aunque las redes sociales pueden ser efectivas para desafiar al poder y romper cosas, a menudo son incapaces de construir nuevos regímenes democráticos que requieren de consensos, compromisos, vínculos fuertes, jerarquías y entendimiento profundo. Así, cuando los movimientos sociales organizados en Internet son capaces de desnudar y debilitar exitosamente las

estructuras represivas del *statu quo*, también enfrentan una crisis existencial en la medida en que carecen casi siempre de un liderazgo claro, unidad de propósito y una estructura organizativa jerárquica que les permitiría llenar el vacío que deja tras de sí el colapso del *ancien régime*.

Esta es una de las lecciones clave del fracaso de la nueva protesta organizada para el 15 de noviembre de 2021 por Archipiélago y su vocero —ahora exiliado en España— Yunior García Aguilera. Mientras los medios sociales fueron las herramientas perfectas para provocar espontáneamente unas protestas masivas en toda la Isla, se mostraron bastante insuficientes y débiles para organizar una marcha cívica pública y abierta frente a un Estado totalitario con un monopolio de las fuerzas represivas.

Los cubanos pueden celebrar su pérdida colectiva del miedo la mañana del domingo 11 de julio al reconocer el papel *sine qua non* que tuvo el acceso al Internet móvil para facilitar ese alzamiento —y demandar un acceso cada vez más amplio—, pero deben comprender que su lucha por liberar y reconstruir la sociedad cubana sustentada en un Estado de derecho, equidad política y el ejercicio pleno de libertades civiles y derechos políticos necesitará mucho más que eso.

\* \* \*

Estos fenómenos son ejemplos recientes y vívidos de la expansión de la «esfera pública en la red» que tiene lugar en Cuba (Tufekci, 2017) en tanto han sido organizados de manera independiente, convocados principalmente mediante las redes sociales, carecen de líderes, son horizontales y luego se difunden, popularizan y reportan a través de las redes sociales. Asimismo, han erosionado aún más el control tradicional del Gobierno sobre la narrativa cotidiana respecto el modo de vivir en Cuba que llega desde la cobertura de la prensa internacional en la Isla. De hecho, el ciberactivista y defensor de los derechos LGTB, Norges Rodríguez, de 31 años, comentó al *Washington Post* que «cuando [las autoridades del Gobierno] comenzaron a detener a la gente [durante una marcha LGTB no autorizada en marzo de 2019] estaban buscando a un líder. Pero como fue organizada a través de las redes sociales, no había un líder específico» (Faiola, 2019). Faiola estimó que alrededor de 2.2 millones de cubanos tenían acceso en marzo de 2019 a los servicios móviles 3G y caracterizó este cambio como «un gran paso de avance [...] que está dando origen a una nueva clase de ciberdanos, que se organizan a raíz de causas y movimientos sociales de una forma no vista desde que aconteciera

la revolución cubana» (id.). Asimismo, Abraham Jiménez Enoa escribió en un artículo de opinión para el *New York Times*: «El Internet ha reconfigurado la sociedad permitiendo a los ciudadanos expresarse libremente en sus plataformas y sentirse empoderados. Ha surgido una alternativa a la voz oficial impuesta durante años. La disconformidad está sobrepasando el mundo *online* y se está materializando en la vida real» (2019).

Ahora bien, no se debe asumir que un puñado de *hashtags* de Twitter vinculados ligeramente a unas marchas y protestas efímeras por parte de una cantidad relativa de ciudadanos cubanos politizados y «conectados» —por muy inaudito que sea— equivale a un movimiento social capaz de suponer una amenaza existencial a un régimen que permanece afianzado en el poder sin alternativas políticas conocidas o creíbles. Al efecto, Larry Press ha establecido una visión más matizada sobre la manera en que la revolución digital impacta la hegemonía estatal en regímenes cerrados como el cubano: «En la década de 1990 hubiera estado de acuerdo con (Raúl) Castro<sup>10</sup> en que el Internet estaba destinado a traer democracia. Hoy [...] tengo una perspectiva más matizada: el Internet es utilizado tanto por dictadores y terroristas como por demócratas» (2011b). Así fue, en mayo de 2013, cuando aún era primer vicepresidente de Cuba, Miguel Díaz-Canel hizo que se girara más de una cabeza al declarar en un discurso que dio en la ceremonia de clausura de una conferencia educativa:

*Hoy con el desarrollo de las tecnologías de la información, hoy con el desarrollo de las redes sociales, hoy con el desarrollo de la informática y de la Internet, prohibir algo es casi una quimera imposible, no tiene sentido. Hoy las noticias de todos lados, las que son buenas y las que son malas, las que están manipuladas y las que son verdades, las que están a medias, circulan por las redes, llegan a las personas, la gente las conoce, y lo peor es ¿entonces qué?: el silencio (Henken, 2013).*

A pesar de que en aquellos momentos la mayoría de los análisis foráneos interpretaron esas palabras como una señal de una supuesta apertura de Díaz-Canel al diálogo, la diversidad de opinión y a un ambiente mediático más libre, si llegara a ser presidente de Cuba, resulta que su lógica principal no era de apertura sino de compromiso revolucionario, una suerte de «ba-

---

<sup>10</sup> En marzo de 1996, Raúl Castro declaró: «Aquella llamada Glasnost, que minó a la USSR y otros países socialistas, consistió en entregar los medios masivos de información, uno por uno, a los enemigos del socialismo» (Press, 2011b; Reina, 1996).

talla de ideas» llevada al ciberespacio. Para él, la Revolución cometería un error si ignorara o se desconectara de la revolución digital —que ese entonces se extendía por el mundo— y estaría cediendo terreno a los enemigos del país. En vez de eso, los patriotas cubanos y los revolucionarios debían entrar a Twitter, meterse en Google, abrir sus propios blogs y sumarse a esa revolución como defensores incondicionales de la soberanía y el socialismo cubano. Esto explica cómo pudo argumentar en un discurso muy posterior, el 8 de febrero de 2019, en la ceremonia de clausura de una conferencia internacional de pedagogía, que el propio Fidel Castro había celebrado el Internet como una herramienta «para democratizar realmente la comunicación [...] creada para los revolucionarios» (*Juventud Rebelde*, 2019).

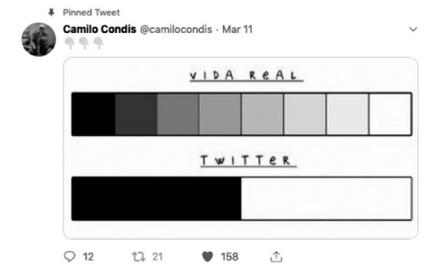
¿Sería posible que la idea de que la web 2.0 equivalente a democracia 2.0 funcionase igual de fácil en sentido contrario, donde en realidad facilita el autoritarismo 2.0? (Calvo Peña, 2008). En efecto, actualmente existe un debate ferviente entre los que han estudiado el complejo impacto de la expansión de las tecnologías de la información y la comunicación respecto la profundidad, dirección y naturaleza cívica de su impacto político (Best y Wade, 2005; MacKinnon, 2012; Kelly y Etling, 2008; Etling *et al.*, 2009; Hernández, 2010; Tufekci, 2017). Es decir, de la misma manera en que los ciberdanos pueden utilizar la web como una plaza pública democrática y participativa donde «cantarle la verdad al poder» y exigir que las autoridades rindan cuentas, pueden también los gobiernos estructurar y manipular la web a fin de fortalecer su poder, control y vigilancia sobre los ciudadanos. De hecho, la perspectiva de las palabras de Díaz-Canel sobre el hecho de que Fidel Castro se percatara desde los primeros tiempos de que Internet parecía creado para los revolucionarios por su capacidad para democratizar la comunicación, el bajo costo y su alcance infinito, recuerda que «la revolución digital» no tiene color político y que el «revolucionario» de una persona puede ser el represor, el reaccionario o el mercenario de otra.

En otras palabras, los «revolucionarios» del gobierno cubano pueden legítimamente ver Internet como un instrumento poderoso con el que desafiar la narrativa mediática capitalista dominante sobre la Revolución —de ahí que los medios de comunicación estatales cubanos usen todo el tiempo términos como «ciberguerra» y «guerra mediática» para describir la cobertura extranjera de la Revolución—, mientras que los numerosos y variados activistas digitales como Norges Rodríguez y periodistas independientes como Jiménez Enoa pueden también hablar convincentemente sobre la capacidad de la web para empoderar y facilitar la libre expresión y la disconformidad de los ciudadanos en un país con medios de comunicación oficiales mono-

color y monopolizados, controlados por el Partido. Por último, los casos contrastantes de China —donde el acceso a Internet es ubicuo y barato, pero controladísimo por el Gobierno tras haberlo reinventado según su propia imagen autoritaria— y Cuba —donde el acceso sigue siendo limitado y en extremo caro, y los sitios críticos, censurados una y otra vez con impunidad— indican que una mayor y mejor conectividad no conlleva de por sí a una «revolución 2.0» (Repnikova y Fang, 2018; Garcia Santamaria, 2019b).

Un aspecto positivo de la lenta adopción de la tecnología digital en Cuba es que algunas de las lecciones sensatas sobre los riesgos e inconvenientes de la creciente dependencia de Internet y del incremento del uso de las redes sociales ya han sido asimiladas por algunos expertos digitales de la Isla; por ejemplo, Camilo Condis, un emprendedor y pionero cubano en la creación de pódcast (*Havana Times*, 2019), constante crítico mordaz de las cuentas de Twitter de muchos ministros del gobierno cubano. Condis ha celebrado Twitter como una plataforma para exigir que los funcionarios gubernamentales rindan cuentas como empleados públicos (Faiola, 2019; Ávila, 2019; Pentón, 2019). Sin embargo, ha visto también su buena dosis de propaganda polarizada, insinuaciones, noticias falsas, perfiles falsos, ataques personales y troleo en el sitio, sin hacerse ninguna ilusión de que sea un remedio milagroso para la sociedad civil. Según él, «[e]sa confluencia de personas entrando en las redes, con los dirigentes al alcance del teclado y poder decirle lo que piensan, ha cambiado la dinámica de la sociedad cubana» (Ávila, 2019). A su vez, el tuit más popular de Condis hasta la fecha es un gráfico sencillo, pero poderoso, que capta los peligros del incremento del uso de las redes sociales en la Isla (Morán, 2019; Zaldivar, 2019).

Un mayor acceso a Internet no mueve a la sociedad en una dirección única, en parte porque los grupos de intereses divergentes dentro de cualquier país ven el potencial de la web de maneras diferentes. ¿Es la web un lugar desde donde pueden descargarse el desarrollo y la democracia,<sup>11</sup> encontrar



Captura de pantalla del tuit de Camilo Condis, 11 de marzo de 2019.

<sup>11</sup> En septiembre de 2016 le pregunté a Alan Gross, excontratista de la USAID —quien pasó cinco años en una prisión cubana por llevar tecnología de banda ancha a la Isla con el fin de facilitar el acceso independiente a Internet— si «la democracia podía descargarse»

el último éxito de Hollywood, combatir el imperialismo, resistirse a la toxicidad occidental, plantar el virus de la desestabilización o defender la soberanía nacional? Para muchos gobiernos, especialmente para aquellos como el de Cuba, que luchan contra el subdesarrollo y «la brecha digital» que continúa separando a los países ricos y pobres en términos del costo y la conectividad de Internet, las nuevas TIC tienen el potencial de ser aprovechadas como un auténtico «milagro económico» que permite al país «dar un salto» a la era moderna. Al mismo tiempo, periodistas y activistas blogueros frecuentemente ven la web —en particular las posibilidades que ofrecen muchas aplicaciones de la web 2.0 o participativa y la nueva generación de teléfonos inteligentes— como una suerte de «senado romano» revolucionario donde pueden contribuir a la apertura de un sistema cerrado mediante un movimiento reformista de *netroots* o redes populares, que algunos han llamado «blogostroika».

#### CINCO DEBATES EN TORNO A LA RELACIÓN ENTRE LA TECNOLOGÍA Y LA POLÍTICA EN CUBA

En el caso de Cuba, hay cinco debates principales aún no resueltos sobre cómo la revolución digital global interactúa con la esfera pública que despiertan nuestro interés y conforman las interrogantes que intentamos responder en este libro:

- «la tecnología para la liberación» vs. el culto del amateur;
- la «esfera pública en la red» vs. «el autoritarismo digital»;
- las plataformas globales de redes sociales abiertas y «gratuitas» vs. los medios «antisociales» que siembran la polarización política y la desconexión humana, explotan la privacidad personal, erosionan la confianza pública y socavan la democracia;
- el potencial de Cuba para desarrollar *software* de código abierto vs. el control centralizado de la vida económica y política por el Gobierno; y
- la «autonomofobia»: el temor profundamente arraigado del gobierno cubano a la sociedad civil autónoma.

---

por Internet. Su respuesta fue inequívoca: «La democracia no se puede descargar. Solo se puede subir», señalando que, según su punto de vista, los valores y las instituciones democráticas no se pueden repartir mediante la tecnología proveniente del exterior, sino que deben cultivarse localmente.

## *Tecnología para la liberación*

«La libertad de prensa —bromeó con sarcasmo una vez A. J. Liebling (1960)— solo está garantizada para los que son dueños de alguna». Por tanto, la publicitada promesa implícita en frases como «la tecnología para la liberación» y «la democracia digital» consiste en que el surgimiento y la adopción masiva de las nuevas TIC y la comunicación (computadoras personales, teléfonos inteligentes, etc.) de modo inevitable «liberarían» o democratizarían la producción y distribución de información erosionando de manera irreversible el poder concentrado de los medios de difusión estatales y corporativos tradicionales. A la llegada de las computadoras personales en la China comunista, estas esperanzadoras ideas se resumieron de manera memorable con la frase «el CP [Partido Comunista] no sobrevivirá a la PC [computadora personal]». Una década después, el presidente Bill Clinton hizo el famoso chiste de que la supresión de Internet en China era «como tratar de clavar gelatina en la pared» (Zhong, 2018). Es decir, la debatible suposición ha sido que las tecnologías digitales tienen el potencial de «nivelar el terreno» entre los gobiernos autoritarios —e incluso las corporaciones dominantes o monopolistas— y los ciudadanos marginados —ya sean los electores rusos, los disidentes chinos o los blogueros cubanos—. Un mayor acceso a Internet y a las redes sociales puede ayudar a estos ciudadanos a comenzar a superar sus miedos, su aislamiento y crear un mayor espacio público para ejercer los derechos que se les niegan fuera de Internet (Parker, 2014).<sup>12</sup>

El potencial desestabilizador de las redes sociales en Cuba surge del mismo proceso «nivelador» que se evidencia en otros contextos menos autoritarios. Desdibuja la distinción tradicional entre lo público y lo privado, lo real y lo virtual, lo profesional y lo amateur, la difusión formal de una persona a muchas y la comunicación informal uno a uno, y colapsa también las esferas locales, nacionales e internacionales. Puede también debilitar la autoridad y la hegemonía de las instituciones de telecomunicación dominantes —por ejemplo, el «conmutador maestro» operado por «los medios de comunicación convencionales», que en el caso de Cuba son los medios estatales controlados por el Partido— al

---

<sup>12</sup> Una ilustración vívida de esta espíritu de «determinismo tecnológico» combinado con la esperanza de que la tecnología de la información estaría a disposición de «los muchos» se manifestó en el ya clásico comercial de Apple en el Super Bowl de 1984. El *spot* de 30 segundos que lanzaba Macintosh mostraba a una atractiva atleta escuchando una *walkman* que lanza un martillo contra el opresivo rostro digital del «Gran Hermano» y terminaba con la frase: «El 24 de enero, Apple Computer presentará Macintosh. Y verás por qué 1984 no será como 1984 (<https://www.youtube.com/watch?v=RyhwY07CxxM>).

poner tecnologías de difusión baratas en manos de «las personas que antes se conocían como el público» (Wu, 2010; Rosen, 2012). Asimismo, permite una mayor comunicación independiente y horizontal —entre pares—, el intercambio de información y la convocatoria de públicos (Mandiberg, 2012). Además, el *crowdsourcing* o colaboración abierta, la *peer production* o producción entre iguales y la colaboración creativa sin propiedad exclusiva que aprovechan el «excedente cognitivo» del tiempo y la energía son recursos que cuentan con un potencial disruptivo para socavar el poder de los regímenes autoritarios y las élites mediáticas tradicionales por igual (Shirky, 2010).

Ahora bien, las interpretaciones simplistas sobre la manera en que las herramientas digitales se adoptan en diferentes países a menudo pasan convenientemente por alto el hecho de que muchas de estas tecnologías solo facilitan «vínculos débiles» a los llamados *slacktivists* (activistas de sillón), al no ofrecer nada verdaderamente transformador a los activistas marginados en busca de cambios que requieren organizaciones, estrategias y liderazgo duraderos y con «vínculos fuertes» (Gladwell, 2010). Además, estas nuevas tecnologías también pueden ser utilizadas por los grupos de poder existentes para expandir la hegemonía que disfrutaban en la esfera mediática tradicional en la digital emergente (Morozov, 2011). Por ejemplo, los sitios web de política estadounidenses evidencian un patrón distinguido, según el cual, el ganador se lo lleva todo y solo un puñado de sitios bien conocidos y conectados reciben el grueso del tráfico de Internet. En nuestra glorificación del «contenido generado por el usuario» y de las redes sociales hay que establecer una distinción entre la capacidad para hablar —que ciertamente el Internet ha «democratizado» en gran medida— y la de ser escuchados, mucho más esquivas. En cuanto a la idea de que el fenómeno de bloguear amplifica la voz del ciudadano común, existe también una gran diferencia entre los que postean y los que llegan a ser leídos. Por último, aunque muchos hayan celebrado los blogs como un paso hacia una mayor democratización de los medios dominantes, existe un inconveniente potencial en el pluralismo y la «amateurización» de los medios que los blogs y otras formas de redes sociales facilitan, en especial si se sacrifican en el proceso normas de objetividad y precisión profesional conquistadas con esfuerzo (Keen, 2007; Hindman, 2009).

### *Autoritarismo en las redes*

Un estudio reciente de la socióloga Zeynep Tufekci, titulado *Twitter and Tear Gas* (2017), analiza el poder y la fragilidad de lo que los autores denominan «la esfera pública en las redes». De hecho, Tufekci recuerda que los gobiernos

autoritarios de todo el mundo han seguido una clara curva de aprendizaje desde los años de la Primavera Árabe de 2011. Es decir, se han graduado de un mundo «1.0» de la vieja escuela de vigilancia, bloqueo de información, infundir el terror y represión física al descubierto; y han pasado a incorporar técnicas más sutiles y eficaces llamadas «propaganda 2.0» y «autoritarismo en las redes», alternativamente (Kalathill y Boas, 2003; MacKinnon, 2012). Estas técnicas incluyen «la demonización de los medios *online*, la movilización de ejércitos de simpatizantes o empleados pagados que enturbian las aguas de las redes con desinformación, superabundancia de información, dudas, confusión, acoso y distracción, dificultando así que las personas comunes naveguen la esfera pública en las redes y puedan discernir entre los hechos y la ficción, la verdad y el engaño» (Tufekci, 2017:xxviii).

Los movimientos sociales antisistema que operan a través de las redes se enfrentan al desafío de persuadir a las personas para que actúen. Ahora bien, según Tufekci, esta tarea es mucho más difícil en un ambiente de «demasiada información» donde lo único que esos gobiernos represivos o actores no estatales que no dan la cara tienen que hacer es solo «crear suficiente confusión para paralizar a la gente en la inacción» (ibíd.:xxix). Es decir, esos gobiernos utilizan la naturaleza caótica, abierta y «gratuita» de Internet contra sí misma. Con un flujo de información no verificada y noticias potencialmente «falsas», los gobiernos autoritarios pueden transitar de las formas tradicionales de censura que buscaban bloquear sitios webs o información en contra del régimen —como lo ha hecho de modo sistemático el gobierno cubano durante el último decenio— a emplear una nueva estrategia que en su lugar se centra «en hacer inservible la información disponible» (id.).<sup>13</sup>

### *Web 2.0: si es gratis, el producto eres tú*

En la medida que Internet lentamente se reinventó a sí mismo a finales de siglo tras la explosión de la burbuja puntocom, emergieron una serie de nuevas empresas web omnipresentes y, al parecer, omnipotentes entre las que se encuentran Google, YouTube, Facebook y Twitter. A pesar de que las ofertas de cada una guardan algunas diferencias, todas se fundaron con la perspectiva dual de la web 2.0, según la cual «el sazón especial» de la nueva época digital no era el contenido tradicional ni los *softwares* sofisticados sino la recolección de los

---

<sup>13</sup> Para profundizar en informes comparativos internacionales recientes sobre este fenómeno, véase Bradshaw y Howard (2019) y Shahbaz y Funk (2019).

datos personales del usuario y la atracción universal de «compartir» y «socializar» (Mandiberg, 2012; O'Reilly, 2012; Wu, 2016). Mientras estas compañías atraían cada vez a más usuarios bajo la promesa seductora de eficiencia, conveniencia y conexión universal ininterrumpida —todo por el increíble precio de «gratis»—, sus modelos de negocio se basaban también en la invasión de la privacidad, la potencial difusión de noticias falsas y la recolección y reventa de información personal para lucro privado. También han seguido la tendencia a actuar como monopolios funcionales gracias a la lógica de los «efectos de las redes» en el mundo de las redes sociales, a la incapacidad de someterlos a una supervisión y regulación gubernamental adecuadas como empresas de servicio o de servicios públicos y a una euforia generalizada y prolongada que considera el surgimiento de compañías tan «geniales» como un bien absoluto —incapaces de «ningún mal»— (Vaidhyanathan, 2012, 2018; McNamee, 2019).<sup>14</sup>

Irónicamente, hizo falta que otro gigante de la información y un encarnizado competidor digital de estos magnates de la web fuese quien los desafiara con mayor ahínco y expusiera el riesgo inherente a esta nueva normalidad. En su intervención a mediados de 2015, en una cena de recaudación para una organización poco conocida sin fines de lucro de Washington D.C., la EPIC, el CEO de Apple, Tim Cook, arrojó el guante y les recordó a sus oyentes que «algunas de las compañías más prominentes y exitosas de Silicon Valley han levantado sus negocios llevando a sus clientes a la complacencia sobre sus datos personales. Sin embargo, también se animó a señalar una creciente toma de conciencia al respecto, así como una posible protesta contra los «términos de servicio» por parte de los ciberdanos de las redes del mundo, quienes cada vez se dan más cuenta de que «cuando un servicio en línea es gratis, tú no eres el cliente. Eres el producto» (Wu, 2016:335). A pesar de que la acogida relativamente tardía de Internet masivo y de las plataformas de redes sociales en Cuba ha protegido en gran medida —sin proponérselo— a sus ciudadanos de estos riesgos, ya no es así. De hecho, Marie Laure Geoffray se refiere en el capítulo de su autoría a este incipiente dilema en la Isla, que denomina con agudeza «la digitalización de la crítica y la crítica de la digitalización».

### *¿Software libre y de código abierto a la cubana?*

Como Olga Khrustaleva describe brevemente en su capítulo sobre la evolución de las políticas de las TIC, la UCI, fundada en 2002, se concibió originalmente

---

<sup>14</sup> Hasta 2018 Google tenía *Don't Be Evil* («no seas mala») como su lema extraoficial (Conger, 2018).

con la intención de preparar a programadores nacionales para desarrollar *softwares* que fuesen tanto «tecnológicamente soberanos» como impolutos o «gratuitos» en lo comercial. Aunque ella argumenta que, en su lugar, la UCI se ha convertido en una incubadora que se dedica más a la cibervigilancia que al *software* libre, la idea de que Cuba liderase una versión nacional de la venerable tradición de desarrollo de *software* libre y de código abierto<sup>15</sup> se basa en parte en sus propias tradiciones políticas y económicas comunitarias (el socialismo), su rebeldía contra el capitalismo occidental y el control foráneo (colonialista o imperial) y en habersele impedido con eficacia la importación de aplicaciones de propiedad estadounidense —y por tanto estar dominadas por ellas— como las de Microsoft.



«El español, el taíno y la soberanía tecnológica». © Lázaro Saavedra, GALERÍA I-MEIL (2008-2009). Sátira de la enorme dificultad que tienen los cubanos en la Isla para acceder a Internet.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Casi siempre el *software* libre y de código abierto se licencia gratuitamente, lo cual insta a modificaciones y mejoras.

<sup>16</sup> Según ilustra Milena Recio, «se representa al conquistador español en un estatus de superioridad por tener acceso a Internet, mientras los “indios” cubanos, apocados y en desventaja, valoran entre ellos confirmar su propia historia en los contenidos de la web.

Por otra parte, dada la escasez crónica que se ha asumido como una forma de vida en la Isla durante los últimos treinta años, Cuba también se ha convertido en terreno fértil para personas autodidactas que se destacan por crear alternativas ingeniosas para todo, desde los decrepitos carros americanos de la década de 1950 hasta programas de computación. Por tanto, la idea de que la Isla pudiera convertirse en una incubadora de *softwares* de código abierto desarrollados por redes colaborativas e informales de programadores no es tan descabellada. De hecho, en 2009, la mayoría de las instituciones cubanas pasaron de usar Microsoft Windows al sistema operativo Nova, una distribución de Linux desarrollada en la UCI debido al alto costo de acceder o comprar la aplicación del sistema operativo de Microsoft y a la incapacidad para utilizarlo oficialmente a causa del embargo (Lai, 2009). A pesar de que el popular sistema operativo Windows de Microsoft y las aplicaciones de Office —a menudo pirateadas— se usan ampliamente en Cuba, el propósito de introducir Nova en ese momento fue el de desenganchar a los usuarios cubanos, y en especial a las instituciones estatales, de lo que el Gobierno ha caracterizado como un «*software* inseguro y corporativo producido por el capitalismo» (Israel, 2009).

Al igual que cualquier otro sistema operativo basado en Linux, el Nova cubano se distribuye de manera gratuita y es libre en el sentido de ser un código abierto y, por tanto, poder ser adaptado por aquellos usuarios que tengan la capacidad técnica de escribir y alterar códigos. Es también más atractivo para el gobierno cubano que los programas tradicionales por ser menos vulnerable a programas maliciosos y no tener incorporados los «agujeros negros» que pueden ser explotados por las agencias de seguridad estadounidenses debido a que empresas como Microsoft les han facilitado los códigos de acceso; al menos eso acotó Héctor Rodríguez, decano del Centro de Software Libre de la UCI (Israel, 2009; Lai, 2009). Rodríguez enfatizó, además, que el *software* libre tiene más que ver con la visión cubana del mundo. «El movimiento de *software* libre es más cercano a la ideología del pueblo cubano, sobre todo por la independencia y soberanía», expresó a *Reuters* (Israel, 2009). Irónicamente, Cuba comenzó a transitar hacia el desarrollo de Nova después de que el gurú estadounidense de la Free Software, Richard Stallman, visitara la Isla y persuadiera a funcionarios del Gobierno a salirse de Windows (Lai, 2009).

---

Según la narración histórica, Hatuey fue un líder taíno que se rebeló contra los colonizadores y fue quemado en la hoguera. El poderoso controla el canal de comunicación; es el único que puede buscar» (2014:47).

Sin embargo, una cosa es promover la «soberanía tecnológica» y los *softwares* libres de código abierto como estrategia nacional para oponerse a poderosos adversarios geopolíticos como Estados Unidos o a las empresas de *software* dominantes como Microsoft y otra muy diferente es promover la programación de base o las comunidades ciberconectadas de la «sociedad civil» que existen independientemente del Gobierno y se resisten a ser controladas o intimidadas por este. La brusca proscripción en agosto de 2019 de las florecientes comunidades de juego SNet —hasta ese momento toleradas— es una lección amarga que evidencia que los programadores de videojuegos independientes amantes de la libertad, los pioneros cibernéticos y las comunidades digitales tienen al menos que temer al enfoque monolítico y controlador de gobierno cubano, como el propio régimen dice temer a la supuesta ciberguerra estadounidense o el monopolio del sistema operativo de Microsoft (BBC, 2019; Padgett, 2019).

### *Autonomofobia*

Por último, ¿cómo se aplica el criterio común de la autonomía de las organizaciones de la sociedad civil en un país que ha producido un verdadero «mar» de organizaciones revolucionarias participativas —las llamadas organizaciones de masas— comprometidas a construir —y ahora «actualizar»— el socialismo? El politólogo cubano Armando Chaguaceda (2015) ha hecho un par de observaciones analíticas útiles en este contexto. Primero, facilitando —e incluso orientando— la creación de estas organizaciones participativas, el gobierno revolucionario ha demostrado a la vez una fuerte sospecha de todos los grupos autónomos —lo que Chaguaceda denomina «autonomofobia»— que conlleva a una persecución sistemática de las organizaciones que no son explícitamente revolucionarias y ni están, de manera directa, controladas o cooptadas en la práctica por el Estado. Segundo, Chaguaceda indica que, mientras este mar de participación puede en verdad tener «un kilómetro de ancho», en la práctica solo tiene «un milímetro de profundidad», dada la incapacidad de dichas organizaciones para plantear exigencias en las instituciones estatales o lograr que sus líderes rindan cuentas.

A la luz de los argumentos anteriores, en este volumen utilizamos la definición de sociedad civil de Haroldo Dilla y Phillip Oxhorn como un elemento base para analizar la nueva realidad digital de Cuba: «El tejido social conformado por una multiplicidad de unidades autoconstituidas, de base



«El consenso impuesto». © Lázaro Saavedra, GALERÍA I-MEIL (2008-2009). Aquí, el autor invierte la sátira sobre la falta de acceso a Internet en Cuba y dirige su crítica esta vez al control demagógico que ejerce el gobierno cubano.<sup>17</sup>

territorial, que coexisten pacíficamente y se *resisten* de manera colectiva a la *subordinación* al Estado, al tiempo que *exigen inclusión* en las estructuras políticas nacionales» (2002:11, énfasis del original). Según esta definición, las instituciones de la sociedad civil no necesitan ser absolutamente independientes del Estado ni tener un programa opositor. Sin embargo, tienen que gozar de una *autonomía* significativa respecto del Estado, tener una *base orgánica sui géneris*, apelar a elementos dentro del *territorio nacional*, o derivarse de este, buscar un *impacto* en los asuntos nacionales y aceptar una *coexistencia sin violencia* con otras organizaciones civiles y políticas.

El carácter emergente de Internet y del uso de las redes sociales en Cuba, combinado tal vez con cierta arrogancia e ignorancia por parte del Gobierno sobre su naturaleza desestabilizadora, al menos en los primeros tiempos, ha permitido que algunos de sus ciberdanos comiencen a compartir comentarios

<sup>17</sup> «El sujeto autoritario —escribe Recio— impone un canon valorativo sobre Internet y trata de hacerlo pasar como consenso. Pero el “público” no puede disentir, no tiene el recurso expresivo (el brazo)» (id.).

críticos espontáneos en lo que aún es un espacio ambiguo e inexplorado (correos electrónicos, entradas de blog, mensajes en Twitter, sitios webs, Facebook o incluso videos propios en YouTube) y les concede un atisbo de seguridad en comparación con las actividades tradicionales «públicas», «alternativas» o «disidentes» en la calle. Es decir, mientras que «la calle» puede que aún pertenezca al difunto Fidel Castro y a la Revolución —«la calle es de Fidel» es una consigna típica dirigida a reclamar todos los espacios públicos como «revolucionarios»—, resulta menos evidente a quién pertenece el ciberespacio cubano, si es que pertenece a alguien. Por otra parte, los precursores cibernéticos y los activistas digitales cubanos no se han contentado con permanecer en «la nube», aislados eternamente unos de otros. Por el contrario, han intentado convertir su visibilidad —durante mucho tiempo considerada como una vulnerabilidad peligrosa en la Isla— en un punto a su favor (Geoffray, 2013:14-16) y aprovechan su presencia digital internacional —mientras «el mundo entero observa»— para usarla como un escudo protector cuando se atreven a ocupar la esfera pública.

Dada la naturaleza «global» de la web, las interpretaciones tradicionales de la sociedad civil necesitan actualizarse cuando se aplican al espacio de Internet que, inherentemente, carece de territorialidad —lo que Geoffray describe como «un espacio cubano emergente contencioso y transnacional» (ibíd.:20-29)—. En efecto, aunque casi todos los innovadores cibernéticos de Cuba tienen una base territorial, a la par habitan un complejo espacio transnacional y dependen mucho de *hostings*, servidores, administradores, *web masters*, traductores e incluso de algún financiamiento proveniente del exterior; eso, sin mencionar la atracción del grueso de sus lectores, comentaristas y críticos también foráneos, al menos hasta diciembre de 2018, cuando se abrieron los datos móviles. A pesar de que los primeros debates vía Internet —como la llamada «polémica intelectual» de enero de 2007—<sup>18</sup> fueron en gran medida restringidos a artistas y escritores de élite y tuvieron lugar en el ciberespacio —haciéndolos casi invisible al público cubano en general dado el bajísimo índice de acceso a Internet en la Isla en aquellos momentos—, los años siguientes han presenciado el incremento de intentos audaces y confiados por parte de emprendedores duchos en tecnología y ciberactivistas que reclaman un espacio público para sus proyectos, debates y demandas.

---

<sup>18</sup> La «guerra de los correos» fue una polémica intelectual espontánea que se desencadenó entre los artistas e intelectuales cubanos en enero y febrero de 2007, en respuesta al reconocimiento en la televisión nacional de un número de censores notorios por sus políticas represivas en la década de 1970.

## ESQUEMA DEL LIBRO

Este volumen contiene cinco temas interrelacionados, cada uno centrado en un aspecto específico de la revolución digital en Cuba: historia, medios de comunicación y tecnología (capítulos 1-2); política (3-6); periodismo (7-10); negocios y economía (11-12); y cultura y sociedad (13-14).

El primer capítulo, bajo la autoría de Larry Press, analiza la evolución de Internet y la política de las telecomunicaciones en Cuba desde principios de la década de 1990 hasta la actualidad, con énfasis en el dilema particular que enfrenta la Isla en una era cada vez más digital en la que se ha quedado muy atrás del resto del mundo a pesar de su política expresa de «informatización» de la sociedad. A este le sigue Edel Lima Sarmiento, quien hace un seguimiento del papel que los medios de comunicación «alternativos» y «oposicionales» han desempeñado en la historia de Cuba desde finales del siglo XIX, cuando los rebeldes cubanos luchaban por independizarse de España y continúa a través de la época republicana, cuando la prensa clandestina fue fundamental en el debilitamiento del poder y la legitimidad de una serie de gobernantes brutales y antidemocráticos. Lima utiliza esas lecciones del pasado como una manera de entender el surgimiento de varios intentos de medios independientes en la Isla durante los años 1995-2020.

A pesar de que todos los capítulos de este volumen tratan, aunque sea indirectamente, sobre la intersección de las nuevas tecnologías mediáticas y la política, los cuatro capítulos relacionados con el segundo tema se centran en las implicaciones políticas de la revolución digital para la Revolución cubana. Olga Khrustaleva examina las tensiones emergentes entre el poder estatal y la sociedad civil en la era digital en el contexto de la distensión histórica de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Alexei Padilla Herrera y Eloy Viera Cañive analizan cómo la esfera pública digital emergente, representada por varios y diversos medios de comunicación *online* independientes, ha desafiado de modo directo la concepción leninista del PCC sobre la función de los medios de comunicación en la sociedad revolucionaria. Carlos Manuel Rodríguez Arechavaleta se refiere a la tensa relación entre los medios de comunicación y el Estado socialista cubanos (la prensa y el Partido), dada la amenaza intermitente de cambio de régimen por parte de Estados Unidos; en especial del nuevo periodismo independiente *online* nacional, cuyo surgimiento se asocia con la desprofesionalización del modelo de prensa socialista de orientación ideológica, la reciente expansión del acceso a Internet en el país y las estrategias vigentes de control y vigilancia de la información por parte del Estado. Marie Laure Geoffroy ofrece

una reflexión teórica sobre los diferentes usos competitivos de los medios digitales en Cuba para entender mejor cómo, bajo un gobierno autoritario, los usos *críticos* de la tecnología digital están entrelazados con usos más *rutinarios*, y cómo la «crítica», en vez de ser definida *a priori* y solo entendida de cara a su intencionalidad política o no política, es de hecho perfilada por el contexto complejo y frecuentemente contradictorio donde ocurre.

Los cuatro capítulos siguientes se centran en específico en la lucha actual por los lectores y la legitimidad entre la prensa estatal «oficial» y la insurgente prensa digital independiente del país. Ted Henken analiza las principales transformaciones a lo largo de quince años de carrera de la afamada bloguera y periodista independiente Yoani Sánchez. Sara García Santamaria realiza un estudio precursor acerca de la manera en que los jóvenes periodistas cubanos gestionan las presiones y acosos cotidianos dentro de los medios de comunicación estatales; concretamente, se centra en el rol de la fantasía colectiva para escapar a la opresión, que retrasa una ruptura final con el sistema. Anne Natvig se basa en entrevistas a periodistas del sector estatal y explica cómo ellos establecen y defienden su autonomía profesional dentro del marco estricto de lo que el PCC define como información pública adecuada. Por último, Abel Somohano Fernández y Mireya Márquez-Ramírez presentan un análisis casuístico que compara de manera crítica cómo dos proyectos de medios digitales de comunicación independientes, cada vez más prominentes (*El Estornudo* y *Periodismo de Barrio*) contribuyen a abrir —e incluso democratizar— el ámbito de los medios de difusión cubanos, aunque de maneras muy diferentes.

El cuarto tema examina las múltiples maneras en que los cubanos han intentado monetizar su creciente conectividad a Internet. Rebecca Ogden describe las acciones de *marketing* digital *online* para promover los viajes turísticos a Cuba como un destino refrescante —e irónicamente— *offline*. El texto argumenta que tanto el Ministerio de Turismo de Cuba como las agencias extranjeras privadas emplean el video digital para destacar la autenticidad de la Isla «desconectada» y el retorno a los placeres sensuales como la principal ventaja competitiva de Cuba. Jennifer Cearns describe una generación de *millennials* cubanos que se están convirtiendo en emprendedores digitales, con negocios que dependen de su recién acceso a las redes sociales y a Internet en La Habana. Este capítulo también analiza los conocidos fenómenos del «paquete» y SNet, aún no estudiados a profundidad.

Por último, se ponen de relieve las numerosas maneras, a veces inesperadas, en que la cultura, la sociedad, la identidad y la ciudadanía cubanas han cambiado con la creciente disponibilidad de la tecnología digital, incluidas

la transformación de la publicación literaria y la producción digital de música y audiovisuales. Específicamente, Walfrido Dorta reseña a un grupo de jóvenes escritores y artistas cubanos que publicaron una serie de revistas literarias digitales independientes a principios de la década de 2000, siendo, sin saberlo, precursores de la explosión de la blogosfera cubana entre 2007 y 2014, y del subsiguiente ámbito de los medios digitales independientes. Paloma Duong analiza los diferentes «*mediascapes* postsocialistas» competitivos producidos en la Isla por los propios cubanos en contraposición con los creados por los medios oficiales estatales o por una mirada foránea exotizante; desempaca una variedad de imágenes producidas por lo que ella denomina «la mujer de moda» postsocialista cubana e interroga no solo las propias imágenes, sino los contextos sociales y mediáticos en los que se producen y consumen.

## ÍNDICE

Introducción / <i>Ted A. Henken</i>	9
HISTORIA, MEDIOS Y TECNOLOGÍA	45
1. Pasado, presente y futuro de la Internet cubana / <i>Larry Press</i>	47
2. Itinerarios históricos y trayectorias cíclicas: medios alternativos, tecnologías de la comunicación y cambio social en Cuba / <i>Edel Lima Sarmiento</i>	69
POLÍTICA	89
3. Entre la espada y la pared: relaciones Estados Unidos-Cuba, desarrollo de las TIC e innovación ciudadana / <i>Olga Khrustaleva</i>	91
4. Ruido en el sistema: incompatibilidad del monopolio mediático estatal cubano con medios digitales independientes y democratización de la comunicación / <i>Alexei Padilla Herrera / Eloy Viera Cañive</i>	117
5. El modelo de prensa en Cuba: entre la hegemonía ideológica y la reinención del periodismo cívico / <i>Carlos Manuel Rodríguez Arechavaleta</i>	141
6. Crítica digital profesional y popular en Cuba / <i>Marie Laure Geoffray</i>	163
PERIODISMO	185
7. De <i>Generación Y</i> a <i>14ymedio</i> : más allá del blog en la frontera digital de Cuba / <i>Ted A. Henken</i>	187
8. Periodismo independiente en Cuba: entre la fantasía y la ruptura ontológica / <i>Sara Garcia Santamaria</i>	209

9. Periodistas y medios estatales cubanos: percepciones y estrategias de autonomía / <i>Anne Natvig</i>	233
10. Medios independientes en los márgenes: dos casos de profesionalización periodística en el ecosistema de medios digitales en Cuba / <i>Abel Somohano Fernández / Mireya Márquez-Ramírez</i>	253
NEGOCIOS Y ECONOMÍA	275
11. <i>Marketing online</i> en una Cuba turística: promoviendo un destino «libre de tecnología» / <i>Rebecca Ogden</i>	277
12. ¿Hacia una Cuba alternativa?: <i>millennials</i> digitales, <i>influencers</i> sociales y cuentapropismo en La Habana / <i>Jennifer Cearns</i>	299
CULTURA Y SOCIEDAD	321
13. Sin ceremonias de iniciación: <i>ezines</i> literarios y culturales en Cuba (2000-2010) / <i>Walfrido Dorta</i>	323
14. Imágenes de nosotras: el paisaje mediático cubano y la «mujer de moda» del postsocialismo / <i>Paloma Duong</i>	345
Acrónimos y siglas	367
Bibliografía	371

